DEL CACIQUISMO TRADICIONAL AL NEO-CACIQUISMO INSTITUCIONAL

Luisa Paré*

Introducción

Los caciques siguen asolando el país y en algunos estados incluso se han llegado a borrar las fronteras entre cacicazgo y gubernatura. Casi todos los manifiestos de organizaciones campesinas independientes declaran la guerra a los caciques.

La palabra cacique ya no sólo caracteriza un fenómeno político rural, sino que ha pasado a formar parte del vocabulario de los periodistas, de obreros petroleros y mineros democráticos para designar a sus líderes charros. Los caciques solían estar relacionados con la comercialización de los productos agropecuarios e industriales de consumo, como son los abarrotes y la cerveza, y de un medio muy importante de control económico y político, el aguardiante.

El papel desempeñado por los caciques en el nombramiento de las autoridades, en el manejo del poder político formal e informal, las relaciones con el poder federal y estatal y la autonomía relativa del propio cacicazgo, todo eso vinculado a un proceso de acumulación originaria, fue lo que me llevó a la siguiente formulación:

> En situaciones de articulación de distintos modos de producción se presenta la necesidad histórica de intermediarios políticos entre la clase dominante del modo de producción dominante y los grupos del modo de producción dominado. Este fenómeno general adopta características particulares según los modos de producción que se articulan entre sí. Cuando hablamos del caciquismo mexicano del siglo XX o neocaciquismo si se quiere, nos referimos a este proceso de intermediación política que requiere la implantación del capitalismo en un medio no capitalista.[1]

* Investigadora del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM.

El concepto de articulación de modos de producción, muy discutible sin duda, dio lugar a una polémica hasta cierto punto estéril y muy injusta en la mayoría de los casos. Quienes a principios de los setenta intentábamos, con el método marxista, superar las interpretaciones funcionalistas del subdesarrollo, cometimos sin duda muchos errores, como por ejemplo no saber rescatar todos los esfuerzos anteriores de otros investigadores, dejar a un lado elementos culturales y la antropología misma a costa de la explicación económica y política. Sin embargo, más allá de las discrepancias teóricas despertadas en torno a la cuestión de la articulación, tuvimos aciertos en la descripción y el análisis de algunos fenómenos económicos y políticos. En este sentido, ahora reivindico la segunda y no la primera parte de mi párrafo citado (internamente contradictorio), o sea, la que alude a la penetración del capitalismo en un medio no capitalista, (es decir donde todavía no predominan relaciones capitalistas de producción), mas no a un supuesto modo de producción mercantil simple. Sin embargo, la mediación política entre la clase dominante y la dominada sigue siendo válida, aún cuando se descarta la noción de articulación de modos de producción.

Antes se puso el acento sobre las fuentes económicas y políticas del poder caciquil y sobre los mecanismos de control, interpretando el fenómeno dentro de lo que Antonio Paoli considera una ampliación del dominio del Estado. Si bien todo lo anterior no ha perdido su vigencia, aunque sí sufrió modificaciones (es decir, el caciquismo como uno de los aparatos informales de dominación y control político que funge como puente entre la sociedad rural y el Estado), me parece necesario ahora poner el énfasis sobre la transformación del caciquismo en la transición hacia organizaciones de tipo gremial y sobre la perduración en el seno de estas organizaciones de prácticas caciquiles. Tanto el caciquismo como su persistencia en el seno de las organizaciones de trabajadores o de productores implican trabas para el desarrollo de éstas como organizaciones democráticas y autogestionarias.

Muchos caciques, como personas, han sobrevivido al embate del capital comercial-usurero que significó la aparición en la escena rural de empresas paraestatales para la comercialización y la industrialización de algunos productos agropecuarios: TABAMEX, INMECAFE, PROQUIVEMEX, BORUCONSA, CNIA (ahora AZUCAR, S.A.), etc. Algunos se transformaron en los nuevos funcionarios de las empresas paraestatales y otros, debido a las trabas que las empresas ponen a los campesinos, por su ineficiencia y corrupción, siguen funcionando como acaparadores e intermediarios y le siguen dando su sustento al caciquismo. Además, los caciques no sólo sobreviven refuncionalizando sus actividades económicas.

Se ha trasladado a las organizaciones de tipo gremial o sindical, creadas o controladas por el Estado, el estilo político caracterizado por la presencia y actuación de mediadores políticos, por la predominancia de relaciones personales basadas en el clientelismo, las lealtades, el compadrazgo, el favoritismo, etc. Sin embargo, la continuidad entre el caciquismo y las prácticas caciquiles presentes en las organizaciones gremiales oficiales (CNC, CTM, etc.), no nos debe llevar a equiparar un fenómeno con otro. La organización de los productores por parte del Estado, o desde abajo pero para negociar con éste ciertas reivindicaciones, representa una ampliación de su dominio, mucho mayor de lo que representó el caciquismo. En la práctica, este tipo de organización, debido a su carácter corporativo, ha significado una ampliación de la sociedad política y ha ahogado sus posibilidades de desarrollo como organizaciones autónomas de clase, como espacios de la sociedad civil. Sin embargo, estas organizaciones tienen la posibilidad de conquistar su autonomía y de hecho muchas lo están logrando. Una de las condiciones para ello es el poder despojarse de las prácticas clientelistas, caudillescas y caciquiles, en una palabra antidemocráticas, heredadas del caciquismo y de las organizaciones gremiales oficiales.

En este trabajo me propongo abordar la metamorfosis del caciquismo en el sector cañero y su refuncionalización, así como el desarrollo de las prácticas caciquiles en el seno de las organizaciones campesinas oficiales desde su nacimiento. Antes de referirme a estas organizaciones en particular, haré referencia al proceso de erosión de las formas tradicionales de participación campesina en sus comunidades, ejidos u organizaciones, como condición previa para el desarrollo del caciquismo.

Un poco de historia

He ubicado el origen del caciquismo rural del siglo XX en el caudillismo emanado de la Revolución y en el papel que posteriormente desempeñó éste en la formación del nuevo poder político en el campo y en general en la formación del Estado moderno.[2] En este proceso se combinaron varios elementos que forjaron el poder de los caciques y debilitaron las bases tradicionales de carácter colectivo para la participación y la toma de decisiones. Uno es la legitimidad adquirida en hechos de armas durante la Revolución o en el Reparto Agrario; otro elemento es la apropiación de los logros del pueblo armado por el gobierno de Obregón, y otro más es el clientelismo ligado al aparato burocrático de ejecución de las políticas estatales. Es a través de esta mediación de los caciques entre las comunidades y el exterior (la burocracia, las secretarías, el comercio, etc.) como se ha construido —de manera limitada— el capitalismo en las diferentes regiones y como se ha manejado el poder político dentro de los marcos necesarios o convenientes para los intereses económicos de la clase dominante a nivel local y a veces a nivel regional, nacional o internacional. Como señala Eric Hobsbawn:

> Un problema crucial para la política de los campesinos tradicionales es la relación entre el microcosmos y el macrocosmos, pues su unidad de acción política es tanto (en la práctica) la región como (conceptualmente) la raza humana: las habladurías de parroquia o el universo. Pero de hecho la zona donde se desarrollan las principales acciones y decisiones se encuentra en algún lugar intermedio, y ni sus límites ni sus estructuras quedan determinados por lo económico o por las relaciones sociales internas del microcosmos campesino.
>
> En esta fase, el clientelismo como expresión dominante de conducta política inhibe el desarrollo de espacios de la sociedad civil como son las organizaciones sociales y de clase y cuando éstas existen se ven amenazadas en su autonomía por el mismo fenómeno. El clientelismo como base de las relaciones políticas es a su vez resultado del desarrollo desigual del capitalismo en las diferentes regiones del país. Otro factor fundamenal para explicar la proliferación de este tipo de intermediarios y de la necesidad en esta fase de relaciones de tipo personal para la vinculación con el exterior es la escasez de recursos accesibles o su acaparamiento por parte de aquellos que detentan el poder.[3]

Durante un periodo largo, de la Revolución hasta principios de los setenta, excepción hecha del periodo cardenista, se profundiza el proceso de atomización del ejido como núcleo de producción y el tipo de relación económica de los campesinos con diversos agentes del capitalismo (el prestamista, el acaparador, el banco, etc.) es de tipo individual, bilateral lo que da pie al desarrollo de poderosos cacicazgos en muchas regiones del país. En la relación, sea individual o del ejido con el cacique, e incluso con las instituciones, a medida que éstas se implantan surgen intermediarios que, en algunos casos, recogen la tradición comunitaria democrática pero en muchos otros son corrompidos por el sistema y se convierten en agentes internos de penetración capitalista y en pequeños caciques, satélites de sus patrones políticos y económicos.

Mientras no se da una mayor diferenciación económica en la comunidad, existe bastante garantía que la autoridad elegida represente los intereses de la colectividad. Sin embargo, llega el momento en que se desarrollan mecanismos de acumulación y diferenciación en su seno sin que a este cambio en la esfera económica corresponda un cambio en las instituciones políticas. En este momento, los puestos de autoridad caen bajo el control de la burguesía naciente, inicialmente encarnada en un solo individuo (el acaparador local, el dueño del tendajón) y ya no son utilizados para representar los intereses de la colectividad sino que, al contrario, sirven para que algunos individuos se promuevan a sí mismos, política y económicamente.

La experiencia del sector cañero

Sin querer opacar los méritos de la reforma agraria cardenista, hay que reconocer en algunas de sus modalidades las causas estructurales inmediatas a las que se enfrentaría la producción cañera ejidal y de los minifundistas en los años subsiguientes. Una de estas modalidades se refiere a la afectación parcial de los complejos agroindustriales, es decir la afectación de las tierras mas no de las fábricas y de los sistemas de riego y de transporte. En esta especificidad de la Reforma Agraria en el sector azucarero se origina, a mi manera de ver, su crisis y la del productor cañero que llega a su paroxismo a principios de los setenta. El control del agua por parte de los ingenios, la necesidad de pagar todos los medios de producción no expropiados, es decir las deudas heredadas junto con la tierra, provocaron para los recién dotados ejidatarios, a fines de los treinta, serias dificultades para la acumulación.

Una vez consumada la ruptura de la alianza obrero-campesina, debilitadas las fuerzas que hubieran podido dar a la agricultura una orientación popular, el siguiente paso fue la destrucción de los ejidos colectivos que, en el periodo 1938-46, habían comprobado ampliamente su potencial productivo y político. La fuerza económica y política de los ejidos colectivos era incompatible con los intereses de los industriales, necesitados de materia prima barata y con los de la burguesía agraria ansiosa de avanzar sobre el territorio ejidal o comunal.[4]

En aquella época, los trabajadores organizados no planteaban la expropiación de tal o cual ingenio sino la estatización de toda la industria azucarera. Para poder manejar el sector campesino hacia los destinos que le habían sido reservados, era necesario destruir el control colectivo de los campesinos sobre su territorio. En base a endeudamientos provocados desde las dependencias gubernamentales, a la acción política divisionista de la Confederación Nacional Campesina (CNC) y del Partido Acción Nacional (PAN) que defendían los intereses de los industriales y de la burguesía agraria, por lo menos en el caso de Atencingo, Puebla y de Los Mochis, Sinaloa,[5] se parcelaron los ejidos colectivos, que de allí en adelante se caracterizaron por la corrupción, el despojo, la descapitalización y la dependencia. La destrucción de los ejidos colectivos obedeció a que éstos habían adquirido una fuerza económica y política tal que amenazaban los intereses de la industria privada. Por una parte los ejidos colectivos cañeros impugnaban el monocultivo y luchaban por conservar espacios autónomos para sus cultivos de subsistencia, se oponían a la política de precios del azúcar concebido como un bien-salario y consecuentemente sujeto a un precio tope, así como a la forma de pago, y se planteaban (en Los Mochis) la necesidad de expropiar los ingenios y de nacionalizar la industria azucarera. En aquella época los dirigentes representaban los intereses de la base y algunos trascendieron hasta llagar a la Senaduría de la República.[6] A partir de este momento, el ejido deja de ser el núcleo central en la organización de la producción y pasa a ser un simple engranaje del aparato político, el principal brazo del Estado en el agro.

Una vez establecidas las bases políticas que permitirían una total subordinación de la economía campesina cañera al capital agroindustrial, vemos cómo, desde 1940 hasta principios de los setenta, estos productores sostendrán, no año con año, sino década con década, las mismas demandas: la derogación de los decretos cañeros de 1943 que hacía coercitiva la producción de caña para los ejidos de

las zonas de abastecimiento de los ingenios y fijaban el pago de la materia prima, la caña, en relación a la productividad en fábrica, y la exigencia desde 1943 hasta 1972 de la firma de un contrato tipo.

A pesar de que el decreto de 1943 no fue derogado sino hasta 1975, de que no hubo convenio nacional cañero hasta 1972, de que los cañeros envejecían con sus demandas y no obtenían soluciones de fondo, sexenio tras sexenio, las diversas organizaciones cañeras existentes en la CNC avalaban la política agraria del gobierno en turno.

En el periodo 1940-1970, hay que distinguir dos de las funciones de la CNC.[7] Las organizaciones de productores como la Unión Nacional de Productores de Caña de la República Mexicana (UNPCRM) tenían funciones vinculadas con la organización del proceso productivo. Sin embargo estas funciones las realizaban más en calidad de mediadores o árbitros que en calidad de participantes en la planeación y de organizadores de la producción. Eran más bien organismos de control para que todo se hiciera como planeado y organizado por los ingenios. En efecto, fue hasta principios de los setenta cuando los productores tuvieron, por lo menos formalmente, representantes en las instancias de planeación y organización de la zafra.

Si bien el decreto cañero estipulaba la celebración de convenios colectivos de suministro de la caña de los ingenios, en la práctica las contrataciones eran de carácter individual, entre cada cañero y el ingenio. A través de estos convenios, el ingenio determinaba la superficie a sembrar, el periodo de corte, el precio del producto.

El hecho de que durante tres décadas las organizaciones existentes (la Unión y la Asociación Nacional de Productores de Caña de la CNC y posteriormente la Federación Nacional de Cañeros del Congreso del Trabajo), no pugnaran decididamente por contratos colectivos, permitía que sus líderes y los comisariados ejidales intervinieran a dos niveles fundamentalmente. Uno era como mediadores en la firma de los contratos, ya que por lo general los cañeros eran analfabetos y no acostumbrados a contratos y cheques. Esto dio pie a que muchos cañeros designaran a los líderes o a los comisarios como sus administradores o para que contrataran su parcela bajo su nombre. Este mecanismo redundó en mayores beneficios para el intermediario que para el productor. Otro nivel era la actuación a posteriori del líder, para defender a su "cliente", el cañero, duramente *transado* por la empresa.

La misión de la organización charra era precisamente ésta: garantizar las mejores condiciones para la reproducción del capital, y el papel contradictorio del líder que es, dentro de este marco, el de interceder por su cliente, negociar individualmente la corrección de una cuenta, la eliminación de un descuento indebido o un corte de la caña en una época más conveniente, y colectivamente un aumento de precios, de tarifas, etc. En fin, llevar a cabo una política populista que encubre la verdadera dimensión de la función mediatizadora de las demandas que sus representados podrían haber impulsado de otro modo.

En un estudio realizado en la zona de abastecimiento del ingenio La Margarita en Oaxaca (municipio de Acatlán de Pérez Figueroa), encontramos en este proceso de mediación la base del cacicazgo regional y además la secuencia entre este cacicazgo y las primeras organizaciones cañeras que se implantaron en la región.

En relación al proceso productivo mismo, las organizaciones cumplían más bien una función desorganizadora para que los ingenios actuaran a sus anchas. Desde el punto de vista político, mecanismos que estimulaban el favoritismo, la competencia, la corrupción y la marginación, garantizaban el sofocamiento de cualquier intento de organización desde la base. Permitían a los ingenios (de la iniciativa privada) extraer el máximo de excedentes posibles; a los líderes, los pequeños caciques locales, los comisariados ejidales, en fin, toda una capa de mediadores, acumular un pequeño capital a partir de sus funciones políticas; ésto era posible gracias a privilegios y premios como el acceso preferencial al crédito, la posibilidad de cortar su caña cuando las tarifas son más bajas, etc.

En un principio los campesinos, productores de arroz y tabaco principalmente, vieron en la implantación del ingenio y en la posibilidad de volverse sus abastecedores, una posibilidad de liberarse del cacique-acaparador. Sin embargo, el tipo de relaciones comerciales que establecía la nueva empresa con los productores era muy diferente a la relación informal, paternalista, que une a un campesino con su patrón, es decir, con el que le compra su producto. Quien podía desempeñar el papel de mediador con el ingenio era precisamente este personaje ya acostumbrado a estas transacciones. En realidad su carácter de cacique lo adquirió sobre todo después de la introducción del ingenio. A los productores, durante cierto tiempo, les convenía esta relación porque les permitía obtener créditos y vender su materia prima. El control que el cacique ejercía sobre los cañeros le redituaba una serie de privilegios de parte del ingenio como los contratos para el mantenimiento de los caminos.

La organización simultánea o posterior de los cañeros sobre la base de relaciones interpersonales como las que caracterizan al caciquismo provocó su atomización, no sólo a nivel local sino también a nivel nacional. De esta manera, entre 1941 y 1977 coexistían dentro de la propia CNC tres organizaciones nacionales de productores de caña mas otra federación, miembro del Congreso del Trabajo. Salvo la Alianza Nacional de Productores de Caña, formada para darle continuidad a las movilizaciones de los cañeros veracruzanos entre 1970 y 1973, las demás organizaciones eran auténticos feudos de sus respectivos líderes, cuyas pugnas por el control de los productores redituaban grandes beneficios para los industriales azucareros. A otro nivel, servían de escalinata para obtener curules en la Cámara de Diputados.

A partir de la estatización de la industria azucarera que se da paulatinamente a lo largo de la década de los setenta , el Estado ve la conveniencia de restarle fuerza a los líderes tradicionales que tienen demasiados compromisos con los industriales azucareros como para ser merecedores de confianza para un proyecto de reestructuración de la industria, e impulsa en 1977 la unificación, en una sola unión, de las tres organizaciones existentes dentro de la CNC. El faccionalismo correspondiente a las viejas clientelas perdura por unos años y finalmente, en torno a la figura Roque Spinozo, líder del movimiento cañero veracruzano, se logra la verdadera unificación en una sola central cenecista.

La eliminación del faccionalismo correspondiente a la dispersión de los intereses de los agremiados en diferentes organizaciones, dio fuerza a la

nueva Unión Nacional de Productores de Caña y una mayor capacidad de negociación. Esto lo refleja el hecho de que las utilidades recibidas por los productores en 1980 representaban el 42% del valor del producto final contra el 29% a principios de los setenta. Sin embargo, la negociación sigue siendo asunto de unos pocos líderes débilmente vinculados con la base y la Unión no ha sabido o no ha querido recoger la rica experiencia de la Federación Veracruzana de Productores de Caña cuando impulsó, en 1973-74, una mayor participación de los productores en el proceso productivo, redujo los gastos de contratación reincorporando lo más posible al productor en las tareas directas, racionalizó la producción a partir de un conocimiento real del terreno, de los medios de producción y de la mano de obra necesaria y disponible, etc. En cambio, la nueva Unión impulsó un costoso programa de mecanización que obedecía más a los intereses particulares de los dirigentes, distribuidores de la maquinaria, que a criterios racionales. Logró abrir espacios para la reorganización de los ejidos como unidades de producción, pero en lugar de hacerlo a partir de una redistribución del poder y de una participación amplia y democrática de los cañeros, trasladó el poder del que disfrutaban anteriormente los supervisores de campo y los líderes, a una capa de ejidatarios que se enriquecen a partir del manejo de las sociedades ejidales, sea por hechos de corrupción, sea por los sueldos o comisiones cobrados por sus labores de administración, supervisión, etc., muchas de las cuales podrían ser asumidas de manera colectiva o rotativa.

A lo largo de quince años, los cañeros han logrado abrirse espacios como las comisiones tripartitas, hoy Comités de Producción Cañera, para incidir en la organización y la planeación de la zafra, sociedades ejidales que les permiten un control directo sobre la organización del proceso productivo en contraste con la relación anterior de cada productor con el departamento de campo del ingenio. Esta nueva forma de organización de las relaciones de producción representa definitivamente un cambio significativo respecto a las relaciones que privaban entre los ingenios y los cañeros hace 45 años. Sin embargo, aun cuando se observa un cambio de personajes, se repiten los mismos roles de mediación y relaciones basadas en el clientelismo y, en la mayoría de los casos, los productores siguen ajenos al control del proceso productivo y organizativo. Por ejemplo, muchas veces no entienden el por qué de los descuentos que se les hace y si lo entienden y lo desaprueban, no pueden enfrentarse al nuevo poder representado por sus dirigentes. El hecho de que la nueva élite burocrática ejidal no estimule la participación directa del productor en los trabajos, los de la zafra principalmente, no sólo ha hecho recaer esas labores en los asalariados con las contradicciones que eso conlleva, sino que ha impedido la organización de estos últimos.

Ahora que el Estado es dueño de la mayor parte de la industria azucarera se ha producido un traslape entre el aparato gremial con la parte gerencial y propietaria de la industria. En este reacomodo, las organizaciones cañeras buscan redefinir su autonomía. No es raro encontrar resistencias entre los dirigentes cañeros a los intentos de la nueva empresa estatal (Azúcar, S.A.), para racionalizar la organización del proceso productivo. Estos intentos se topan con muchos intereses creados de los propios dirigentes y la irracionalidad e ineficiencia resultante recaen sobre los productores, sus asalariados y sobre el consumidor que subsidia a la industria. Un ejemplo de esta situación es la oposición que en 1982 presentó la Unión Nacional de Productores de Caña al programa de reorgaización de la zafra propuesto por la Comisión Nacional de la Industria Azucarera (CNIA) y dirigido por Armando Rodríguez Suárez quien había sido asesor de la Federación Veracruzana de Productores de Caña e intentaba llevar a nivel nacional un experimento que había demostrado sus virtudes en Veracruz.

Apunte final

Al principio, decía que el término caciquismo ya no sólo se usa para caracterizar formas de relación política que tienen sus orígenes en el medio rural y en la articulación de las regiones más atrasadas con el resto de la nación. Las noticias de muchos periódicos del país, en algunos casos, confirman la supervivencia del caciquismo en sus regiones, en otros, lo declaran desaparecido; sobre todo enfatizan la existencia del neo-caciquismo en el sentido desarrollado en el presente trabajo. Sin embargo, me parece que si no se fijan límites al concepto se vuelve demasiado vago, sobre todo cuando se utiliza para caracterizar todo lo que es antidemocrático, monopólico, excesivo, etc. Si no se fijan esos límites, hasta Reagan aparece como cacique.

En general existe en estas fuentes un consenso en atribuir la desaparición del caciquismo tradicional a la penetración de las comunicaciones, sea viales, escritas o electrónicas. Sin embargo, las comunicaciones llevan consigo los aparatos de Estado y dan lugar a nuevas formas de organización social. Durante mucho tiempo éstas se han constituido en una prolongación del poder del cacique, que en algunos casos sirvieron para combatir los viejos cacicazgos pero adoptando sus mismas características:

caudillismo, adhesiones basadas en lealtades personales, relaciones de parentesco, compadrazgo, etc. Las instancias a través de las cuales la gente podría tener una participación real en las decisiones, llámese consejo de vigilancia del ejido, carteras sindicales, etc., tienen una existencia meramente formal e incluso sus titulares se ven envueltos en el juego del poder, de la corrupción y de la represión. De tal modo, el cacicazgo es compartido con una serie de líderes incondicionales, fieles al *padrone*, al cacique. Ante este poder son muy difíciles los intentos de la oposición para expresarse, ya que el cacicazgo se ha apoderado de nada menos que sus organizaciones de clase. El caso de los trabajadores petroleros es un ejemplo elocuente de este tipo de neo-caciquismo.

Donde el concepto se vuelve demasiado elástico es cuando se aplica a cualquier manifestación de arbitrariedad, antidemocracia, explotación, presentes en diferentes fases de desarrollo de formaciones sociales capitalistas muy variadas, e incluso de formaciones socialistas.

Para terminar, quiero resaltar la importancia que reviste la ruptura, en un espectro cada vez más amplio de manifestaciones del movimiento obrero y campesino, de las antiguas formas de relación y de liderazgo. Si bien es cierto que todavía está muy presente el caudillismo y el paternalismo en el seno de las organizaciones campesinas, es cada vez más recurrente la táctica de los campesinos de negociar colectivamente y no mediante gestores al estilo tradicional, de tener direcciones colectivas y rotativas, de socializar sus experiencias con otros grupos, etc. Una de las características del movimiento campesino independiente que se gesta actualmente es esa búsqueda de nuevas formas de liderazgo y la preocupación por el manejo de la información por toda la base.

Sin embargo, estas reflexiones serían incompletas si dejáramos de señalar, aunque sea de paso, la presencia —en el seno de las organizaciones o por encima de ellas— de relaciones de clientelismo a través de ciertos organismos o grupos que apoyan o pretenden apoyar proyectos de desarrollo regional o de la comunidad. Es común enfrentarnos aquí con una nueva versión de patrones políticos, *sujetos* de las acciones de cambio y para quienes la comunidad se vuelve el objeto de su acción transformadora, impulsada por su capacidad de planeación, de diseño de estrategias y de agenciarse recursos financieros. Esta concepción no priva sólo en los organismos oficiales sino que se manifiesta ocasionalmente entre grupos independientes que incluso pretenden participar de una estrategia global para cambios estructurales. En el marco de este tipo de práctica, se podrán desarrollar obras de infraestructura, impulsar la capitalización interna de las comunidades o de los grupos *objeto*, pero queda claro que de esta manera no se avanzará un ápice en el cambio de las relaciones políticas internas, en la maduración política de los grupos de base para que puedan abandonar el clientelismo y tomar su destino en sus manos. En realidad se trata de una nueva forma de cacicazgo también, quizá bien intencionado, en la búsqueda del avance económico de las comunidades, de la modernización de la estructura económica, pero que a su vez preparará el terreno para el surgimiento de un neo-caciquismo a nivel local, entre los clientes de la acción benefactora.

En cambio, las nuevas formas de participación y de gestión colectiva que se han desarrollado en los últimos años en la mayor parte del movimiento campesino independiente, se perfila como una nueva corriente, distinta a la acción desarrollista aislada, propia de los proyectos de promoción de corte paternalista y son una condición absoluta para realizar esta ruptura histórica con el caciquismo como estilo de relación política sobre el cual descansa en gran parte el sistema político mexicano.

Referencias Bibliográficas

1. PARE, Luisa, "Caciquismo y estructura de poder en la sierra norte de Puebla", en Roger Bartra et al, *Caciquismo y poder político en el México rural*, México, Siglo XXI, 1975, p. 34.
2. Ibidem.
   PARE, Luisa, "Diseño teórico para el estudio del caciquismo actual en México", *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 34, Núm. 2, México, 1972, pp. 335-354.
3. HOBSBAWN, Eric, "Peasants and rural migrants in politics", en Claudio Véliz, *The politics of conformity in Latin America*, Londres, Oxford University Press, 1967, p. 16.
4. MORETT, Jorge y PARE, Luisa, "La pequeña Rusia: las luchas de los trabajadores azucareros de Los Mochis, Sin. (1924-1957)" en *Cuadernos Agrarios* 10/11, diciembre de 1980.
5. Op. cit., PARE, Luisa, 1975.
   Op. cit., MORETT, Jorge y PARE, Luisa.
6. Op. cit., MORETT, Jorge y PARE, Luisa.
7. FLORES, Graciela, "Historia de las organizaciones cañeras 1940-1970", en Luisa Paré, *El Estado, los cañeros y la industria azucarera: 1940-1980*, México, UAM-UNAM, 1987.